

La comunicación como resistencia a la guerra

Comentarios alrededor del texto

*Lo que le vamos
quitando a la guerra*



Detalle de Ali Rahamad

L

a violencia en Colombia hace parte de la vida, la memoria y la construcción colectiva de esta nación. En ciertas zonas del país, la violencia se manifiesta de manera encrudecida en forma de “guerra”. Una guerra entre el Estado, los grupos al margen de la ley, y en el medio, la sociedad civil. Es precisamente esta última la que más sufre las consecuencias, la que tiene que verse sumida en el miedo, el silencio, el desplazamiento y el horror. Sin embargo, el miedo no ha sido suficiente como para paralizar por completo la vida de algunas comunidades que lo vivieron y aún lo viven en carne propia.

“Lo que le vamos quitando a la guerra” es un texto compilado por Clemencia Rodríguez, Soraya Bayuelo entre otros; en él se analizan tres experiencias de “comunicación como resistencia cultural” realizadas en comunidades fuertemente golpeadas por la guerra a saber: a) El Colectivo de Comunicaciones Montes de María y su

cine itinerante *La rosa púrpura del Cairo* b) La emisora comunitaria de Belén de los Andaquíes c) La Red de Emisoras Ciudadanas del Magdalena medio (AREDMAG). Este texto es precisamente una muestra de cómo a pesar de que la guerra y el miedo trastocan, permean y destruyen el tejido social de una comunidad, la gente puede continuar, puede resistir, puede re construirse: "Este libro es un manifiesto por la comunicación desde la gente como resistencia cultural frente a la guerra".¹

En los escenarios mencionados se estudian los alcances de la comunicación dentro de un contexto de violencia, a partir de la articulación y la realimentación dialógica de las teorías con las prácticas. Podría decirse que la misma realidad Latino Americana hace imposible un estudio de este tipo sin establecer la relación entre teorías y prácticas. Luis Ramiro Beltrán afirma que "durante casi 45 años Latinoamérica (...) empezó a utilizar la comunicación para el desarrollo mucho antes de que se hubieran propuesto teorías para ello e incluso cuando la denominación misma no existía".²

Esta deuda de la teoría con la práctica empieza a subsanarse para la década del sesenta y setenta, cuando surgen los planteamientos de pensadores como Paulo Freire y a la par se da el auge de experiencias de comunicación alternativa o popular. Sin embargo, el caso colombiano es excepcional porque conjuga la teoría y la práctica en un contexto único de conflicto interno armado. Este libro se convierte en una luz para comprender cómo se dio esta relación y los efectos que ésta ha generado, tomando para ello, los casos previamente mencionados.

Para hablar de comunicación como resistencia a la guerra, los autores del texto aquí reseñado, parten entonces de analizar los contextos y los efectos que la guerra genera en la vida de las comunidades afectadas; de igual forma definen la mirada desde la cual se va a entender la "comunicación" y estudian cómo surgen y se desarrollan las tres experiencias comunicativas ya citadas. Esto permite observar cómo éstas han abierto "camino de vida" en medio del conflicto armado.

Clemencia Rodríguez se fundamenta en estudios de la "antropología de la violencia" para resaltar tres afectaciones que se generan a causa de la guerra. La primera afectación consiste en la destrucción de "las redes de significado que tanto individuos como colectividades utilizan para darle sentido a la vida cotidiana"³. Hablar de redes de significaciones y de lo simbólico implica entonces hablar de lo cultural. Lo cultural, experimentado como "un piso común, inteligible, para todos(as);

accesible a todos(as) y de gran fuerza emotiva para todos(as)", se destruye entonces con la guerra. Para el caso del desplazamiento forzado no sólo se afecta el "piso" o la tierra a la que se está arraigado, sino que también se trastoca "el piso cultural" con el cual se le da significado a nuestras cotidianidades. Se llega entonces a otro espacio con un entramado de significaciones distintas a las acostumbradas.

La segunda afectación es la reducción de los vínculos de solidaridad, confianza y colectividad. En los contextos de violencia, los grupos armados establecen relaciones *versus*: o se está con uno de ellos, o guardas silencio o simplemente corres el riesgo de morir. Ante este miedo, "el otro" se convierte en un enemigo, en un sospechoso; así predomina el aislamiento y se erige una cultura del silencio.⁵

Esa cultura del silencio que, según Freire, hace parte de nuestra herencia cultural y proviene desde el mismo proceso de colonización. Podría decirse que Escobar, también pone en evidencia cómo se legitima esta cultura a través de la "Invención del Tercer Mundo" después de la segunda guerra mundial: "la capacidad de los pobres para definir y regir sus propias vidas se erosionó más profundamente que antes".⁶ En el caso colombiano, la cultura del silencio se intensifica aún más debido a su historia de conflicto interno armado.

La tercera y última afectación que menciona Clemencia Rodríguez, es que la guerra lleva a asumir una lógica militarista que afecta la democracia y la creencia en las instituciones del Estado. La ausencia del mismo lleva a que en algunos momentos se legitime la existencia de grupos al margen de la ley. La corrupción y la inoperancia producen desconfianza en el Estado y los conflictos cotidianos llegan a ser asumidos de manera violenta; esto relacionado precisamente con la visión del otro como "mi enemigo".

Ante estas afectaciones de la confianza, la cultura, lo colectivo etc. se debilita el espacio público y la comunicación como encuentro con el otro. En este sentido "la alienación nunca es total, ni la conciencia dominada deja de ser conciencia y la sumisión es menos aceptación que impotencia"; en este orden de las ideas, la cultura del silencio, la muerte y el miedo puede ser reemplazada por otra cultura de la comunicación, la vida y la esperanza. La vida no se agota en la guerra, y esto es precisamente lo que motiva al nacimiento de iniciativas de comunicación en los Montes de María, Belén de los Andaquíes y el Magdalena Medio.

La mirada comunicativa que predomina a lo largo del texto es la de comunicación para el cambio social. Esta es entendida como *"un proceso de diálogo privado y público, a través del cual las gentes deciden quiénes son, qué quieren y cómo pueden obtenerlo"*.⁸ Especificando aún más, el texto asume una mirada desde la Comunicación Ciudadana, un término acuñado por Clemencia Rodríguez. Para esta, la designación de comunicación alternativa o popular era insuficiente porque estaba cargada de cierta tendencia radical. En esta misma línea, Rosa María Alfaro destaca que si bien es cierto que la comunicación alternativa posibilitó que *"Los actores de sectores pobres se convirtieron en protagonistas y desde allí se les percibía como nuevos y auténticos gestores del cambio social"*, lastimosamente, la supremacía de lo popular en la comunicación alternativa resultó ser tan excluyente como el modelo tradicional que rebatía.

Ante esta falencia, Clemencia Rodríguez fundamenta su concepto de comunicación ciudadana desde los planteamientos que hace Chantal Mouffe. Se considera

entonces a la ciudadanía no como un título que concede el Estado de Derecho o como un ente abstracto. Por el contrario, un ciudadano es un sujeto político ubicado en un espacio y tiempo determinado, que se construye en sus relaciones cotidianas y tiene poder para transformar su comunidad. En este orden de las palabras, la comunicación ciudadana *"no se refiere a la comunicación de algunos grupos; ni de los populares, ni de los alternativos, ni de los que funcionan comunitariamente. Ni siquiera de aquellos marginales, en los que pareciera radicar la necesidad de un cambio social; ella es una iniciativa de la sociedad civil con una búsqueda principal: la de darle vida a la ciudadanía comunicando las diferentes instancias de la sociedad"*.¹⁰

Esta postura implica entonces que los sujetos son los protagonistas y autores de su propio desarrollo. La reconstrucción del tejido social depende de ellos y ellas, y la comunicación fundamenta todo este proceso. La comunicación ciudadana implica mirar-se dialogando con el otro u otra; dialogar mirándose en el otro u otra; por lo



Ali Rahamad

tanto construcción de lo público y de sentimientos colectivos. En las experiencias de comunicación ciudadana, los productos comunicacionales no son la prioridad. Lo que interesa es el proceso de cómo nos tomamos la palabra y nos empoderamos en nuestro derecho a la comunicación. Las relaciones entre individuos son de diálogo horizontal, de respeto por la diferencia. El conflicto se convierte en catalizador de debates y construcción de consensos a través de la palabra. La apropiación de lo simbólico es el elemento fundamental para dar paso a la transformación de individuos en ciudadanos.

Por su parte, Alirio Gonzales de la emisora comunitaria de Belén de los Andaquíes, destaca que si bien es cierto que la participación es vital para hablar de comunicación ciudadana, hay procesos comunicacionales que no necesariamente tienen altos niveles de participación en su producción; tal es el caso del noticioso "La Mañana" que se emite en esta emisora y el cual sólo cuenta con unos reporteros específicos. Él defiende la postura que, a pesar de la baja participación, "tenemos que aprender a ver lo noticioso producido desde y sobre lo local, simplemente como la narración del tejido cultural de una comunidad en su proceso de construcción".¹¹

Las experiencias que se analizan este libro, en una u otra medida, son ejemplos claros que muestran que la comunicación ciudadana, más que un concepto abstracto, es una postura alimentada fuertemente por prácticas de cambio y transformación, tanto individual como colectiva. La producción de programas televisivos en Línea 21, el cine itinerante en Montes de María y los programas radiales en Belén y el Magdalena Medio, no son más que pretextos para que, a través de la comunicación, se pueda *reconstruir*¹² el tejido social deteriorado por la guerra y transformar los imaginarios colectivos.

Para el caso del Colectivo Montes de María, son varios los elementos que se han generado: El sentido de pertenencia y la confianza constituyen uno de ellos; esto gracias a que las reglas se construyen de manera colectiva y no son imposiciones; se confía en la capacidad de todos los niños, niñas y adolescentes; es un espacio de puertas abiertas, no se aseguran las cosas y no se rechaza a nadie por su edad, raza o costumbres. Aquí aparece otro elemento: La diferencia. Esta es considerada como riqueza y no como desigualdad o como obstáculo, por ello la cámara se convierte en una herramienta para mostrar la diversidad: "más que transmitir mensajes de paz y reconciliación, el Colectivo abre un espacio de comunicación en el que la paz se puede hacer, sentir, aprender y apreciar".¹³

Con la diferencia también aparece la posibilidad de entender el conflicto desde otra lógica distinta a la guerrillera. Así, este se concibe como parte del tejido social y no como algo "epidemiológico": "la violencia es entendida como un fenómeno complejo, que emerge de la intersección de muchos factores"¹⁴. Entender que el conflicto hace parte de nuestra vida permite a su vez comprender que la construcción de una cultura de Paz "no es la ausencia de conflictos sino la consolidación de una serie de garantías y procedimientos que permitan su trámite pacífico".¹⁵

Estas tres experiencias mencionadas poco a poco reconstruyen el espacio público físico e intangible arrebatado por la violencia. Tomarse la plaza para ver una película es un ejemplo de esto; se enfrenta el miedo a encontrarse de cara con la muerte y también se enfrenta el miedo de encontrarse con el otro. Una película se convierte entonces en una puerta para la discusión, para el compartir, para "dirigirle la palabra al otro" y por lo tanto, para empezar a tejer lo público: "Dialogar es arriesgar una palabra al encuentro no de una resonancia, de un eco de sí misma, sino de otra palabra, de la respuesta de otro".¹⁶

De igual forma, el proceso de construcción de programas radiales en la emisora de Belén de los Andaquíes y en el Magdalena Medio ayuda a la construcción de tejido social y de lo público, al abrir canales de comunicación entre la sociedad civil y las administraciones locales. Programas como "La Cantaleta" de la emisora de Belén, permiten que un sujeto popular se convierta en un ciudadano empoderado que interpela al Estado, exige sus derechos y también asume sus deberes. Con experiencias como está poco a poco se empieza a recuperar confianza en la democracia, no como un modelo de gobierno lejano a mí, sino como una práctica que nos incluye a todos.

Las tres experiencias analizadas en el texto que aquí se reseña, también reconstruyen las redes simbólicas que estallan con la guerra. Hacer programas televisivos y radiales desde y con la gente, teniendo en cuenta los personajes locales, las prácticas culturales, las historias de vida etc. permite fortalecer "ese piso emotivo, colectivo": la cultura se convierte en un espacio de encuentro y en una barrera simbólica contra la guerra.

Los logros y horizontes que estas prácticas de comunicación han construido tienen un soporte en común, más allá de darse en espacios de guerra: es la utilización de la comunicación y el diálogo como posibilidad de vida, de cambio. La palabra entonces no es solo la pronunciación de un lenguaje, no es sólo la producción de programas; es

según Freire, una *palabra generadora* (1970) que permite el paso de “objetos de guerra, de miedo” a “sujetos empoderados: a ciudadanos.”

La palabra entonces se ve envuelta en una *praxis cultural y una praxis política*.¹⁷ La primera está relacionada con la capacidad de “pronunciar el mundo”, es decir, ver al hombre como sujeto y actor que piensa y cuenta su historia no desde la repetición sino desde la admiración de su cultura y las constantes re-significaciones que hace de la misma. La segunda, la praxis política, está relacionada con el auto-reconocimiento del valor de la voz propia y los lenguajes, para trasladarlo a la lucha por hacerse reconocer como actores y constructores de su propia historia: “estar presentes en la historia y no simplemente estar representados en ella”. Estas dos praxis a su vez alimentan la posibilidad de “*aprender a apreciar el debate y el conflicto como el territorio de nuestra liberación humana*”¹⁸

Sin embargo no todo es color de rosa. Estas experiencias de por sí se desarrollan en medio de contextos de guerra, de desplazamiento; y a pesar que las comunidades se han apropiado de las mismas, las condiciones económicas no permiten la sostenibilidad comunitaria de estos procesos. Así mismo, como es el caso de Belén de los Andaquíes, las personas que antes encabezaban la emisora han ido mermando porque también tienen que satisfacer sus necesidades personales. Se depende en gran medida de la cooperación internacional, y algo del apoyo estatal. Ojalá estos apoyos se refuercen; que aquellas organizaciones que los suministran sigan viendo en estas experiencias espacios de cambio social y no se dejen permear por la cultura capitalista que sólo invierte en lo que le genera ganancias cuantitativas.

Por otro lado, ¿Cuántos colombianos saben de estas experiencias, o de otras en su misma región? ¿Es posible romper con la idea de comunicación igual a medios masivos que la gente comúnmente maneja, y vea a través de estas experiencias la posibilidad de implementarlas en sus barrios? ¿Cómo luchar para que los organismos, las empresas públicas y privadas empiecen a ver la comunicación más allá de lobby así mismos, más allá de publicidad? Estas son inquietudes que despierta este libro; pensarlas no es responsabilidad de unos pocos; es responsabilidad de todos aquellos y aquellas que creemos que “*la justicia es el derecho a la palabra*”, pues es la posibilidad de ser sujeto en un mundo donde el lenguaje constituye el más expresivo lugar del “*nos-otros*”¹⁹

BIBLIOGRAFÍA

- RODRIGUEZ, C.**, Bayuelo, Soraya *et al.* (2008). *Lo que le vamos quitando a la guerra*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Pág 3.
- BELTRÁN, L. R.** (23-26 de febrero de 1993). *Comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: Una evaluación sucinta al cabo de cuarenta años*. Recuperado el 10 de abril de 2010, de Red de La Iniciativa de Comunicación: <http://www.comminit.com/en/node/150404>
- RODRIGUEZ, C.**, Bayuelo, Soraya *et al.* (2008). *Op. Cit.* Pág. 12
- RODRÍGUEZ, C.**, Obregón, R., y Vega, J. (2002.). *Estrategias de Comunicación para el cambio*. Quito: Proyecto Latinoamericano de Medios de Comunicación. Fiedrich – Ebert – Stiftung.
- FREIRE, P.** (1970). *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo XXI.
- ESCOBAR, A.** (1993). *La invención del tercer mundo*. Norma. Pág 85.
- BARBERO, J. M.** (2003). *La educación desde la comunicación*. Bogotá: Norma. Pág 25.
- DEANE, J. y.-F.** (1999). *Comunicación para el cambio social*. Recuperado el 20 de abril de 2009, de Red de la Iniciativa de la Comunicación: <http://www.comminit.com/en/node/150284/348>
- RINCÓN, O.**, y Cadavid, A. (2007). *Ya no es posible el silencio*. Bogotá: Centro de competencia para América Latina. Pág 107.
- IBÍDEM.** Pág. 108.
- RODRIGUEZ, C.**, Bayuelo, Soraya *et al.* (2008). *Op. Cit.* Pág. 107.
- HABERMAS, J.** (1992). *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus Humanidades.
- RODRIGUEZ, C.**, Bayuelo, Soraya *et al.* (2008). *Op. Cit.* Pág. 40.
- RODRIGUEZ, C.** (01 de diciembre de 2004). *Comunicación para la paz: enfoques encontrados*. Recuperado el 20 de abril de 2010, de Red de La Iniciativa de Comunicación: http://www.comminit.com/la/drum_beat_88.html
- CADAVID, A.**, y Beltrán, M. (2008). Seminario Internacional de Comunicación y Paz. Bogotá. Pág. 103.
- BARBERO, J. M.** (2003). *Op. Cit.* Pág. 34.
- MORENO, J. M.** (Enero de 1999). *Una propuesta de comunicación para la educación en América Latina*. Recuperado el 10 de marzo de 2010, de Revista Razón y Palabra: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n113/freirem13.html>
- ZULETA, E.** (1991). *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Bogotá: Ediciones Altamir. Pág. 38.
- BARBERO, J. M.** (2003). *Op. Cit.* Pág 35.

* Yusly Paola Pérez Llerena

Egresada del Programa de Comunicación Social,
Universidad de Cartagena.

Candidata a magister en comunicación, Universidad del Norte.